

El Libre Pensamiento

Órgano oficial

de la

Asociación de Propaganda Liberal

FUNDADA EL 11 DE AGOSTO DE 1900

APARECE LOS DÍAS 10 Y 25 DE CADA MES

CARGES Y CORRESPONDENCIA:
Casilla de Correo N.º 175

MONTEVIDEO

Tirada: 2.000 ejemplares

Este periódico lo reciben dos veces por mes los miembros de la "Asociación de Propaganda Liberal". Con el número que aparece el 25 se envía a la vez un folleto de la serie de los que publica la Sociedad.

Para recibir dichas publicaciones hay que inscribirse como miembro de la Asociación y pagar la cuota de 20 centésimos mensuales.

Los libre-pensadores que se interesen por ingresar a la Sociedad y recibir sus publicaciones pueden dirigirse por escrito al Presidente de la Asociación, calle Santa Lucía 33a.

La caridad

En una carta abierta que en *Espíritu Nuevo* de Santa Fe ha escrito el distinguido librepensador don Luis Bonaparte, al que todos nuestros lectores conocen y aprecian por los méritos indiscutibles de los trabajos que de él hemos publicado, dice, hablando de la caridad, lo que más abajo transcribimos y cuyo estudio recomendamos a los sabios a la violeta que creen que antes de Cristo esa virtud no era conocida ni practicada.

Por cierto que es de oportunidad el recorte en estos momentos en que el beaterio, secundado por el sentimentalismo de una masa de superficialísimo saber, jura y perjura que los establecimientos de asistencia pública administrados por la Comisión Nacional de Caridad se han desnaturalizado con la supresión de sus cristos crucificados y sus demás iconos.

Dice el señor Bonaparte al obispo argentino señor Lugones:

«Filón, jefe de la escuela platónica y maestro de Cicerón, escribió un libro titulado *Caridad*, antes de venir Jesús al mundo. Establecía en él reglas de humanidad y beneficencia que jamás fueron superadas. Pero Filón no inventó la idea, ni inspiró ese sentimiento. El principio del bien tiene la misma edad del hombre.

La caridad era un dogma en la India tres mil años antes de Cristo y ha sido Budha, 700 años antes del hijo de Dios, el más grande humanista de los tiempos. Leed ambas doctrinas, y especialmente la acción del filósofo chino.

La caridad era un principio práctico en la sociabilidad pagana. No diré que exista en forma justiciera bajo ninguna religión, pero nadie negará que el cristianismo, que ha reivindicado para sí la invención de la caridad, la ha desnaturalizado convirtiéndola en limosna, practicándola en forma depresiva y deficiente casi hasta lo inútil.

Antes de Cristo eran corrientes las siguientes máximas:

«Todos los hombres son hermanos.

No dejes de hacer el bien cuando te sea posible.

Reparte tus riquezas con los pobres.

Debieran los hombres no tener más que un corazón, una fortuna y una vida.

Si quieres imitar a los dioses, reparte tus beneficios aún a los ingratos.

Lo que no quieras que se te hiciese, guárdate de hacerlo a otro.

Perdona a tu prójimo, y cuando implorares perdón serás perdonado.

El amor a los hombres comprende la caridad, la igualdad y la comunidad de bienes.

Devuelve bien por mal; imita al sándalo, que te embalsama cuando lo hieres en el corazón.

La tierra enriquece a los que la desgarran con el arado; imítalos el hombre.»

Buscad estos preceptos en los Vedas, en Zoroastro, Budha, en Homero, en Hesíodo, en Confucio, en Epicteto, en Pitágoras, en Sócrates, en Platón, en Aristóteles, en Virgilio, en Cicerón, en Séneca y mil otros, y los hallaréis fácilmente.

Solo la ignorancia más supina puede afirmar que la caridad no fuese conocida sinó después de Jesús. Los cristianos del primer siglo, que fueron los verdaderos, no hicieron otra cosa que copiar las costumbres de los esenios, que databan ya de varios siglos, siendo estas a su vez informadas en el preceptismo budista, ó indiano.

«Cuando los obispos y los abades ocuparon el puesto de los patricios romanos explotando sus tierras, conservando sus esclavos, continuando la *casa*, encontraron en las opulentas moradas de los señores, habitaciones para los huéspedes, enfermerías para los heridos y los enfermos.»—(Tiedeman).

Esta misma costumbre fué extinguiéndose bajo el cristianismo, hasta quedar reducida a su última expresión: la sobra que se arroja al pobre desde los conventos donde hoy se nada en la opulencia sobre las aguas mansas de una iglesia acumuladora *pro domo sua*, cuya riqueza material la lleva hasta resistir las leyes del Estado (Francia). ¡Y aún pretende en todas partes seguir viviendo de él, pese a los indiferentes, a los ateos, ó creyentes de otros dioses, que concurren a formar el pueblo, bajo la égida de la libertad de cultos y de ideas!

¡Un privilegio para hombres solos a nombre de la anticencia!»

LUIS BONAPARTE.

DREYFUS

A los repetidos ejemplos que la Francia liberal ha dado al mundo de que ha sido y sigue siendo el modelo en que deben inspirarse todos los pueblos que quieran vivir con dignidad, se agrega el reciente que emana de su más encumbrado cuerpo de justicia proclamando *urbi et orbi* la inocencia de Dreyfus.

El capitán judío había sido la víctima de un sistema, de una maquinación urdida por el elemento más infame que se anida aún en el seno de las sociedades modernas, el jesuita.

Con el propósito de dar en tierra con el régimen republicano, el clericalismo, cobarde é inicuo siempre, no se atrevió a luchar frente a frente y a cara descubierta y buscó el medio de enardecer las pasiones del populacho ignorante precipitándolo contra el enemigo de la religión, el israelita deicida.

El crimen de alta traición es odioso y más aun si cometido, como se imputaba a Dreyfus, en beneficio del vencedor que en 1870 había humillado a la Francia.

La maquinación estaba habilidosamente urdida. La masa creyó en la verdad de la acusación, y más creyó en ella al ver a caracterizados miembros del ejército maldecir al traidor.

Muchos hombres sinceros y de mérito le dieron también crédito, y el pobre capitán, después de un juicio en que se multiplicaron las más monstruosas iniquidades, se vió sometido a la espantosa tortura de la degradación militar y transportado luego al islote del Diablo, donde, bajo un clima abrasador, en horrible soledad y víctima diaria de los más humillantes vejámenes, sufrió el más injusto de los martirios.

Pero la duda había germinado y crecía lenta pero pertinaz. Y el mundo presenció entonces la lucha entre los defensores del derecho escarnecido y de la justicia afrentada y los sostenedores de la intriga clerical y jesuitica.

Por un lado Zola, el coronel Picquart, Reinach, Clémenceau, de Pressensé, Cornély, Ranc y tantos

otros heraldos de la inocencia de Dreyfus, clamaban por la reparación de la gran injusticia.

Por el otro, el clero, los fanáticos, los enemigos de la República, los militares falsarios é impostores: el jesuita Coubé, el imbécil Coppée, Drumont, el periodista autor de una *France juive* que los jesuitas forjaron para enardecer el fanatismo católico, el coronel Henri, tipo del militar testarudo, ignorante y guarango, los generales Boisdeffre, Gonse, Mercier, hechuras é instrumentos de confesores malvados que los azuzaban, y tras de ellos el ejército de los ignorantes y de los superficiales que no pueden ó no saben tener ideas propias y que siguen como ovejas al que más chilla y es más desvergonzado.

Pero la verdad, por cuyo triunfo Emilio Zola había esgrimido las armas templadas en su formidable energía y su vigoroso talento, la verdad se abría paso; la evidencia de la monstruosa injusticia se difundía; se ponía en claro la pérfida urdimbre de la maquinación clerical y reaccionaria.

La mayoría, que en un largo período había sido favorable a los falsarios y a los indignos jueces militares que a sabiendas condenaron al inocente, se convertía en minoría, y los acontecimientos se iban a encargar de poner en transparencia la infame celada de los jesuitas.

Por fin la justicia ha alcanzado el más hermoso de los triunfos. El tribunal de más autoridad moral y de más prestigio jurídico que existe en el mundo acaba de proclamar la victoria de la ley y del derecho y de decir LA VERDAD en el trágico episodio.

¡Justicia, tardas, pero al fin llegas! Es ahora el caso más que nunca de repetir esa exacta sentencia.

¡La Iglesia separada del Estado, el clericalismo vergonzosamente derrotado en las elecciones parlamentarias recientes, Dreyfus reconocido y declarado inocente, que hermosos espectáculos ha dado en pocos meses la Francia republicana, para enseñanza del mundo!

Tenia razón el ilustre Clémenceau cuando con patriótico orgullo escribía:

«Nuestros padres han balbuceado el derecho humano. La tierra entera los ha escuchado. Y si no hemos podido instalar entre nosotros los beneficios que habíamos prometido a toda la humanidad, somos sin embargo los hijos de aquellos que arrojaron a los hombres esclavizados la palabra de liberación.»

Las bodas de plata del Seminario

Esas bodas, postergadas con motivo de la muerte de uno de la Compañía, se celebraron el 4 del corriente.

Hemos leído la crónica que de esa solemnidad publicó *El Bien*, órgano oficial de las sacristías del Uruguay, y la encontramos laudatoria pero moderada. El diario que se encargó de dar la nota más vibrante de su entusiasmo fué *La Tribuna Popular*, que, el día 5, decía en un largo artículo lo siguiente, entre otras alabanzas:

«Pocas veces, como anoche, los salones de una institución social se ven concurridos en la forma que lo fué el Seminario. El ilustre colegio de los R. R. Seminaristas tuvo la influencia poderosa de congregarse en su seno lo que es realmente distinción y cultura montevideana.»

Quien eso ha escrito debe ser buen juez en la materia y grande debe ser su pericia para apreciar el valor de los elementos sociales é intelectuales de Montevideo, porque de la lista que publica, sacando dos ó tres nombres, todo lo demás, si socialmente puede valer lo que todas las familias honestas, aun-

que no sean católicas ni vayan a la cueva jesuitica, intelectualmente vale poco, poquísimo ó nada. Y es extraño que las conveniencias materiales de una empresa periodística pongan tales cataratas en los ojos de los escritores públicos que les hagan decir que *realmente* la distinción y la cultura de Montevideo se encontraba celebrando una fiesta de jesuitas.

Sería como para desesperar del porvenir de este pueblo si eso fuera cierto. Pero no lo es, porque todo lo que *realmente* vale en esta capital, como inteligencia, como carácter y como virtud, sabe lo que significa en el seno de una sociedad el inmundo jesuita, ponzoñoso reptil que en el curso de la historia ha tenido la habilidad de conquistarse el desprecio y el odio de todos cuantos saben ver y comprender.

¿Hay en el lenguaje alguna voz que envuelva un significado más lleno de ironía y de sarcasmo que esa denominación: *jesuita!* ¿Qué ofensa más punzante y más mordaz puede dirigirse contra un hombre que la que se encierra en esa palabra? Y es de los creyentes en las divinidades que ha venido la conocida locución: *Vox populi, vox Dei.*

Solamente los pobres de espíritu y de voluntad pueden alimentar simpatía hasta esas aves negras siniestras que concibió la infernal maldad de Loyola y que hasta un papa se vió, en su infalibilidad, en el caso de disolver, porque constantes corruptores de conciencias y perturbadores de la tranquilidad social.

Pro Cristo

Así denominó el órgano de las sacristias del Uruguay, *El Bien*, la reunión celebrada, en el Club Católico y el 14 del corriente, por las damas más distinguidas, *lo mejor*, dice el piadoso diario, de la sociedad montevideana.

La asamblea tenía por objeto desagrar al pobre Cristo de la injuria afrentosa que le infirieron los jacobinos de la Comisión de Caridad mandando sacar, de los establecimientos que gobierna, la imagen del Redentor.

Tamaño barbaridad, digna de Marat y de Fouquier—Tinville, ha arrancado lágrimas de sangre a todo lo mas encumbrado del bello sexo de esta capital; y ella hace prever dias de matanza y de exterminio en que la sangre inocente va á correr á mares por las calles de Montevideo.

Por eso y para aplacar las iras del Dios agraviado que sería capaz de mandarnos, con justísima razón, un nuevo diluvio, las damas han juzgado conveniente dar á Cristo una satisfacción proporcionada á la espantosa magnitud del crimen cometido por los canibales de la Comisión de Caridad.

Después de unas arengas brillantes resolvieron las distinguidísimas representantes de la catolicidad uruguaya llevar en lugar ostensible la imagen del Dios afrentado, el crucifijo, y procurar que lo mismo hagan las personas de su servicio.

La insignia permitirá hacer el censo de las personas creyentes.

Sin embargo como la religión y la piedad no están refudadas, aún en épocas calamitosas como la que atravesamos, con el jolgorio y las diversiones, el crucifijo no deberá ostentarse ni en las fiestas sociales, ni en el teatro, ni en los bailes.

Pero el programa de desagrar no concluye ahí: tiene otros números.

El mes que viene se hará por las damas y todo el personal femenino de las cofradías, archicofradías, conferencias y corporaciones religiosas una comunión general, con el objeto de poner á Cristo no ya sobre el pecho sino entre pecho y espalda.

Dias pasados, Monseñor Luquese, el sacerdote mas indicado por sus excelsas cualidades morales, proclamadas bien alto por los tribunales del país en una sonada ocasión relacionada con un testamento famoso, debe haber celebrado una misa de desagrar en la cueva loyolesca.

Si con todo esto y con el aditamento del aumento de suscripción á los órganos de la prensa católica, los caracterizados representantes de la ciencia y de la intelectualidad uruguayas, *El Bien*, *El Amigo del Obrero*, *La Semana Religiosa*, *El Almanaque de San Antonio*, etc, aumento recomendado muy especialmente y con general aplauso á las dignísimas damas de la asamblea Pro Cristo, si con todo eso el Redentor no se da por satisfecho y no mueren de despecho y de rabia los miembros de la Comisión de Caridad, será porque en el mundo no hay justicia, ni derecho, ni *nd*; ó porque el Autecristo está en puertas y próximo el fin del mundo.

La religión no hace al hombre mejor

Tomándolo de la traducción francesa dada por el periódico *La Pensée*, publicamos el siguiente fragmento de un notable artículo del señor Th. Brunnecker en nuestro homónimo *Freidenker*, de la capital austriaca.

Si examinamos lo que ocurre en nuestro derredor, tenemos que reconocer que la religión, la fe, no está de ningún modo en condiciones de hacer al hombre moral y de conservar su moralidad. Todos los pueblos son religiosos, tienen alguna fe; y sin embargo por todas partes vemos la inmoralidad y el crimen. Los calabozos, las prisiones, las casas de corrección de todos los países están llenas de criminales creyentes, religiosos, hasta beatos. En Austria, en España, en Italia, son católicos; en Inglaterra y en Alemania, protestantes en su mayoría; en Rusia, ortodoxos y judíos; en Turquía, mahometanos; en la India, brahmanistas; en China, en el Japón, budhistas, los que llenan las casas de corrección, y todos creen en un dios ó en varios dioses, en una vida futura, etc. ¿Dónde se manifiesta en esto la influencia de las religiones?

Pero la prueba más evidente de que la fe no posee la fuerza moral que se le atribuye la dá, después de todo lo que la historia nos dice sobre los actos de los papas, la conducta de los sacerdotes y de las personas particularmente piadosas. Casi todos los dias podemos leer hechos que nos muestran á los sacerdotes como capaces de las acciones más inmorales al igual que la generalidad de los hombres, y eso no obstante sus votos, la gracia divina y las ventajas que se atribuyen á la religión: aún para sus sacerdotes la fe aparece impotente. Cito aquí como ejemplo la conducta de un arzobispo Kohn, de un monseñor Drozd que detiene el record de los robos (8 millones de coronas).

Si volviéramos á recorrer los diarios de estos dos ó tres últimos años, podríamos constatar, entre los miembros del clero un número mas ó menos grande de casos de todas las especies de delitos y de crímenes: estafa, robo, asesinato, envenenamiento, parricidio, captación de herencia, falsificación, adulterio, violación, atentados contra niños y niñas confiados á los sacerdotes para que los educaran, difamación, calumnia, perjurio, falsificación de moneda, violencias, heridas, etc. ¿Por qué todo eso? Porque los sacerdotes, como todo el mundo, están sujetos á la influencia de las circunstancias del ambiente y porque la religión no ejerce sobre ellos, como sobre los demás, ningún influjo moral. El crimen es el resultado del injusto é inhumano estado social actual que la Iglesia se esfuerza en mantener. Si se quiere desterrar del mundo el crimen y la inmoralidad, no es á la religión que hay que recurrir; eso sería como echar aceite en el fuego; lo que se necesita es cambiar las circunstancias actuales que engendran el crimen. Lo que es del resorte de la ciencia, de la educación y del pensamiento. Pero donde estos factores entren en juego, la religión debe desaparecer, mas ligero que Satán ante el agua bendita.

Si la religión fuese capaz de hacer al hombre mejor, tiempo hace que ese mejoramiento se habría operado y la humanidad estaría muy cerca de la perfección. Sin embargo los pocos progresos que se han logrado en la via del bien han sido alcanzados á despecho de la religión.

Pasemos á la humanidad, ya que se dice que la religión hace al hombre más humano. Los fundamentos de la humanidad son el amor al prójimo, la compasión, la tolerancia, la fraternidad entre los hombres; pues bien, eso es lo que la religión no puede dar.

El fundamento de la fe, el principio de todas las religiones es la intolerancia, el odio hacia el prójimo, la persecución y el aniquilamiento de los que profesan distinta creencia. Tan lejos como retrogradamos en la historia de la civilización, veremos como la religión ha sido siempre la causa de los combates más sangrientos y más encarnizados. Cada pueblo considera su religión como la única verdadera, odia á las demás desde lo más íntimo de su alma y las persigue por todos los medios. Toda religión que disponga de los medios más poderosos—aunque estos sean los más inmorales y los más inicuos—triunfará de las otras por la violencia y las aniquilará brutalmente. Esa serie de guerras y de combates entre pueblos de religiones diferentes es como un hilo rojo que atraviesa toda la historia de la humanidad hasta nuestros dias. Tanto tiempo cuanto existan religiones, los pueblos se odiarán.

Para convencerse de ello, repárese la historia del desenvolvimiento del cristianismo, las luchas sangrientas entre las sectas primitivas: las conversiones de los pueblos á la punta de la espada, la inquisición, las cruzadas, las guerras de religión después de la Reforma, las persecuciones contra las brujas, los herejes, los judíos, las matanzas de Bulgaria, de Armenia, etc.; por todas partes se ven los odios entre razas, engendrados por la religión.

Pero ¿no basta la guerra por sí sola para caracterizar lo que vale la humanidad de los pueblos cristianos? Esa plaga, que extiende todavía sus estragos entre los pueblos civilizados, está íntimamente ligada con la religión. Ciertamente es que esta dice: no matarás; sin embargo ¿qué hace el sacerdote durante la guerra? ¿No sería su deber adelantarse entre los dos ejércitos, con el crucifijo en la mano, y exclamar, con todo el ascendiente que le da su carácter sagrado: ¡Deteneos, infelices! ¿Ignorais acaso los mandamientos de Dios: «No matarás! ¡Amá á tus semejantes!»? ¿Qué hacen los sacerdotes en vez de eso? Bendicen á los soldados llevados al sacrificio, bendicen las armas y los cañones, celebran misas y dirigen á Dios oraciones para que se digne bajar del cielo y asegurar la victoria, esto es, tomar parte en el asesinato y en la matanza. Esa es la humanidad de la religión.

Y ese espíritu humano de la religión, se quiere que lo aprovechen otros pueblos no civilizados, que habitan islas y continentes lejanos, y para el efecto se les mandan misioneros. Y ¿qué sucede? Los misioneros no son, en verdad, nada mas que espías que van á recoger datos sobre los salvajes y á atontarlos; llegan entonces los capitalistas que se apoderan de todo y hacen pasar bajo su yugo, para saquearlos, á los desgraciados convertidos. Por último, para rematar la obra, aparece el Estado con sus bayonetas y sus cañones, su alcohol y sus impuestos, para establecer una organización humana en provecho de los capitalistas. Primero la sotana, luego el especulador, finalmente el gendarme, los venedores sociales y el knut, tales son los factores por medio de los cuales la religión demuestra su humanidad.

Y ¿como se ha comportado la religión frente á la esclavitud? ¿Quién es el que ha luchado por su abolición, por la supresión del tormento? ¿Quiénes son los que han luchado siempre por el derecho y la justicia, por la libertad y la humanidad? Son justamente los que niegan á la divinidad, los enemigos de la religión; á esos es á quienes se debe la emancipación. Y todavía hoy, son los creyentes, los beatos, los tonsurados, los que se oponen. Si hoy el pueblo pide alguna institución humanitaria, ¿quién es el que se opone con mas energía, quién es el que echa mano de todos los medios para impedirlo? ¿Quién, sino los partidos religiosos, sean estos católicos, protestantes, judíos, etc.?

Th. Brunnecker.

PENSAMIENTOS

Los hombres son los charlatanes de los dogmas que ellos mismos han inventado.

Ibsen.

Según ellos, parecería que Dios, original y caprichoso, se enoja y se calma como un hombre; que unas veces ama y otras odia; que da golpes ó hace caricias; que, débil y malo, disimula su rencor; que, contradictorio y perverso, fabrica trampas para hacer caer en ellas; que castiga el mal que permite; que prevé el crimen y no lo impide; que, cual juez parcial, se deja corromper con dádivas; que, déspota imprudente, fabrica leyes que luego deroga; que, tirano hosco, suspende ó distribuye sus gracias sin razón, y no se deja conmovir sino á fuerza de bajezas.

Volney.

Lo único que excusa á Dios es que no existe.

Stendahl.

Cuanto mas sean los laicos ilustrados, tanto menos podrán los sacerdotes hacerles daño. Tratemos de instruirlos, de hacerlos ruborizar de sus errores, y

de contribuir poco á poco á que se conviertan en ciudadanos.

Voltaire.

El destino del mundo es el desenvolvimiento del espíritu, y la primera condición del desenvolvimiento del espíritu es su libertad. De este punto de vista, el peor estado social es el estado teocrático, como el islamismo y el antiguo estado pontificio donde impera el dogma directamente de un modo absoluto. Los países con religión de Estado exclusiva, como España, no valen mucho más. Los países que reconocen una religión de la mayoría tienen también graves inconvenientes. A nombre de las creencias reales ó supuestas del mayor número, el Estado se cree obligado á imponer al pensamiento exigencias que este no puede aceptar. La creencia ó la opinión de los unos no debiera ser una cadena para los otros. Mientras ha habido masas creyentes, es decir opiniones casi universalmente profesadas en una nación, la libertad de investigación y de discusión no ha sido posible. Un peso colosal de estupidez ha oprimido el espíritu humano. La espantosa aventura de la Edad Media, esa interrupción de mil años en la historia de la civilización, menos se debe á los bárbaros que al triunfo del espíritu dogmático en las masas.

Renan.

Roma había perdido la batalla; la Francia había salvado del gran peligro de muerte, el polvo de ruina en que desaparecen unas después de otras las naciones católicas. La habían librado de la facción clerical que en su seno peleaba, que asolaba sus campos, envenenaba su pueblo, trataba de rehacer las tinieblas para recobrar el dominio del mundo. La Francia ya no estaba expuesta á quedar sepultada bajo la ceniza de una religión muerta; había vuelto á adquirir el dominio de sí misma; podía marchar hácia sus destinos de emancipadora y de justiciera. No había vivido sino merced á su enseñanza primaria, sacando á los humildes, á los pequeños del campo, de su ignorancia de esclavos, de la imbecilidad asesina en que el catolicismo de muchos siglos atrás los mantenía. Una voz execrable se había atrevido á decir: «¡Bienaventurados los pobres de espíritu!» y la miseria de dos mil años había nacido de ese mortal error. La leyenda de los beneficios de la ignorancia aparecía ahora como un largo crimen social. Pobreza, suciedad, iniquidad, superstición, mentira, tiranía, la mujer explotada y despreciada, el hombre embrutecido y subyugado, todos los males físicos y morales eran los frutos de esa ignorancia buscada, erigida en sistema de política gubernamental y de policía divina. El conocimiento por sí solo bastaría para matar los dogmas mentirosos, para poner en dispersión á los que de ellos vivían, ser la fuente de las grandes riquezas, así como de las mieses abundantes de la tierra y del florecimiento general de las inteligencias. No, nunca había estribado la felicidad en la ignorancia; ella radicaba en la ciencia que iba á modificar el horrible campo de la miseria material y moral en una ámplia tierra fecunda cuyo cultivo, año tras año, decuplicaría las riquezas.

E. Zola.

El cristianismo ha falseado la moral. La moral, en efecto, está fundada en la naturaleza humana; ella determina las condiciones mas favorables para el desarrollo de las facultades individuales, el equilibrio armónico de los derechos y de los deberes. El ideal cristiano tiende á la restricción, á ahogar la naturaleza y las pasiones. Las virtudes que él ensalza son no sobrehumanas, sino antihumanas y antisociales.

E. Zola.

Los frailes, el papado y los obispos

Soplan malos vientos para el clero secular bajo este pontificado de un pobre cura de campaña al que los frailes de todo pelo y catadura manejan como un titere.

Y no es porque Pío X sea un mal hombre, sino porque el infeliz vive en la luna y cree que los tiempos son propicios para restaurar la pristina pureza de los fundadores del cristianismo.

Los frailes chismean en grande y le llevan al

pontífice cada cuento y cada intriga contra los sacerdotes y los prelados que no son frailes, que Pío se alarma y fulmina, deseando sinceramente que el clero se reforme y se moralice.

¡Como si fuera posible restablecer la humildad y la virtud en un organismo podrido por la ambición, por el orgullo y por la sed de riquezas materiales!

Hace algún tiempo, el papado dispuso realizar una inspección en los obispados de Italia que són, según es sabido, mas de 150. La inspección recogía aquí y allá informes y pareceres. Las intrigas, movidas por frailes, monjas, beatas y santurrones, habrán sido tremendas. ¿Hay acaso gente de lengua mas viperina que la que manobra en los confesorios y en las sacristias?

Cuatro obispos han sido recientemente intimados para que renuncien, y lo han hecho: son los Monseñores Zuccaro, Gerbino, d' Alessandri y Valbonesi, respectivamente de las diócesis de Caltanissetta, Trapani, Cefalu y Urbani.

Con este motivo dice un gran diario italiano:

«Las congregaciones religiosas se han hecho de tal modo poderosas en el Vaticano que la dirección general y particular de los asuntos religiosos está completamente en sus manos.

«Las jerarquía eclesiástica que somete los obispos al papa, los curas á los obispos, etc., no es sino aparente. En el hecho, los obispos no gobiernan ya sus diócesis, como el papa no gobierna los obispos, son los frailes los que gobiernan toda la Iglesia desde el papa — que se ha colocado y se coloca cada día mas bajo su influencia — hasta los mas ínfimos abates.

«La consecuencia inmediata de esa supremacía de los frailes ha sido la organización de un sistema de control, de inspecciones, de vigilancia más ó menos secreta, mas ó menos aparente, en todas las diócesis cuyos jefes nominales — los obispos — están continuamente expuestos á mil majaderías; informes, instrucciones, rectificaciones de informes y de instrucciones, censuras, llamados al orden, etc.; todo esto llueve abundantemente sobre la cabeza de esos prelados.

«Estos, acostumbrados á mayor quietud bajo el pontificado anterior, no han dejado de sentir sus nervios excitados por la nueva situación en que se les ha colocado. En un principio todos se han sometido, esperanzados en que este periodo de vigilancia mortificante sería breve y que la calma se restablecería. ¡Engañosa ilusión! El periodo se prolonga, la vigilancia se agrava y hasta se convierte para algunos en verdadera persecución. Y he aquí que los primeros resultados se producen. Ved que los obispos mas nerviosos que los demás, pero dotados del espíritu de sumisión, presentan su renuncia.

«Los cuatro prelados que acabamos de nombrar son esos. Otros seguirán pronto, si nuestros informes son buenos.

«Será la primer hornada, la que podríamos llamar hornada de las renunciaciones.

«Después vendrá sin duda el turno de los obispos menos sumisos, queremos decir de aquellos prelados que, por mas que perseguidos, no querrán comprender lo que quiere decir persecución y que persistirán en ejercer sus funciones.

«Contra esos no habrá mas recurso que apelar á los grandes remedios; y puesto que no querrán renunciar, habrá que renunciarlos por la fuerza.

«Entraremos entonces en la era del conflicto agudo entre la intransigencia que á esta hora domina en el Vaticano y el espíritu nuevo que viene propagándose cada día mas en el seno de la Iglesia católica.

«Y el momento será grave para esa Iglesia.»

¡Con que, reverendísimo Don Mariano, cuidado con los frailes y sobretudo con los jesuitas!

ter nuevamente acusado por un artículo contra la intolerancia de la Iglesia.

Nuestro valiente correligionario fué llevado ante el tribunal de la capital de Baviera.

En el artículo acusado, el señor Richter condenaba las canalladas de los papas y los crímenes de la Inquisición; sostenía que la Iglesia de ahora no es mejor, en ese terreno, que la de antes y al efecto citaba al padre jesuita de Luca, que ha expresado el deseo de ver arder de nuevo las hogueras, así como la opinión del diputado bávaro, cura Hebel, perteneciente al Centro Católico del Parlamento, cuyo energúmeno, en una reunión pública celebrada hará dos años, manifestó que se debía cortar la cabeza á todo el que negase la existencia de Dios, aunque fuera profesor universitario.

El fiscal sostuvo la acusación en forma pobrisima, como que tuvo que reconocer que era cierto que la Iglesia había en otras épocas cometido crímenes, pero imputó al acusado que no podía afirmar igual cosa de la Iglesia actual.

El defensor del ingeniero demostró por su parte, con abundancia de pruebas, que el papado era responsable de todas las iniquidades de la Inquisición, de todas las hecatombes de pretendidas brujas. Probó luego, haciendo citas numerosas de la literatura católica actual, que el mismo espíritu sigue imperando en la Iglesia y que, si no vemos ahora reproducirse lo que sucedía en la Edad Media y en parte de la Edad Moderna, no es porque la Iglesia se haya enmendado voluntariamente, sino porque se ha visto á ello obligada y no puede operar como antaño, privada como ha sido de su antigua omnipotencia. Concluyó el defensor haciendo presente que tres de los jueces de la Cámara se habían opuesto á que se siguiera juicio contra su cliente y echando en cara al fiscal que fuera más católico que el papa.

Los jurados firmaron un veredicto favorable al acusado.

El segundo caso es en Breslau, capital de la Silesia.

Allí un tribunal había condenado á cuatro meses de cárcel á un obrero, llamado Wiediger, por injurias contra la religión.

Estando ese obrero en una fonda, habiase permitido hablar en tono irreverente de la Virgen María y de su sufrido y paciente esposo San José. Es facil suponer lo que opinaria de esa virginidad y de ese esposo.

El obrero apeló, y la Corte revocó la sentencia, absolviendo al obrero.

El tercer caso se ha dado en Austria.

Ante el tribunal regional de Praga se enjuició al profesor de la Universidad, señor Massaryk, como reo de ofensas á la religión.

En una reunión pública había tenido el atrevimiento de pedir que se aboliese en las escuelas la enseñanza religiosa «que educa á los niños en el disimulo y en el jesuitismo». Y había añadido: «No estoy contra la religión en general sino contra la religión corrompida que llama en su ayuda á la política». «¿Qué Dios puede ser el que, para hacerse respetar, tiene que llamar á la policía?»

Por esas frases es que se le acusaba de haber inferido ofensas á la religión católica.

El profesor, absuelto, fué objeto, á su salida del tribunal, de una ovación que le hicieron los estudiantes y la barra de público que había sido muy numerosa.

Otro eco de las bodas.

Las bodas del Seminario que, según *La Tribuna Popular*, congregaron lo que realmente vale intelectual y socialmente en Montevideo, fueron cantadas por ilustres vates y entre estos por el señor Leandro Arrarte Victoria, que, como lo dice en su inspirada composición, se educó en el nunca bastante alabado establecimiento.

La oda, dedicada á las bodas de plata, es una producción de sabido valor literario y hubo en sus admirables versos un galano recuerdo para nosotros, cual lo prueba el siguiente fragmento, digno de Victor Hugo:

Cuan poco de ti saben
Los que narran de ti cuentos amargos,
Esos cuentos ateos que no caben
En tus piadosos corredores largos!

En tus aulas serenas
Suspendidas de tí como colmenas;
En tus patios benditos
Poblados con mis gritos,
Llenos de primaveras de la vida
Que jugueteaban entonando salmos,
Y que al correr, los besa en la caída
El feliz pequeñuelo de tres palmas!
Cuan poco te conoce,
Noble colegio, el que de tí se mofa,
El que por tí en blasfemias se descoce,
Aquel que acaso morderá mi estrofa,
Y con furia maldita,
Perdiendo sus cabales,
Gritará hácia los puntos cardinales:
¡Horror! ¡es el jesuita!...

Sabroso sería el comentario que podría hacerse, en plena justicia, del fragmento transcrito. Pero no queremos morder la estrofa, porque es *realmente* bella; hay más: es digna de lo cantado.

Nos permitimos una ligerísima crítica, gramatical puramente, y que no habrá pasado inadvertida al correctísimo escritor don Mariano †.

Nosotros, los ateos, no nos descoecemos, con *c*, en blasfemias; porque, gracias á Dios, todavía no nos hemos cocido, con *c*, en las marmitas de Satanás; á lo sumo podemos descoernos, con *s*. Sabemos un poco de las exigencias de la rima y comprendemos que á *conoce* le viene de perilla ese *descoce*: sin embargo, la Academia española protestaría, y con razón, contra esa licencia ortográfica.

El verso que más nos agrada es el último de nuestra transcripción:

¡Horror! ¡es el jesuita!

Bravísimo; ningún ateo lo habría dicho mejor, ¡Como los conocen, sus propios alumnos ó ex-alumnos!

La conversión de Haeckel

Un reverendo doctor alemán llamado W. Kumm, ha asegurado en un mitin celebrado en Filadelfia (Estados Unidos), que Haeckel se había convertido al cristianismo. El doctor mismo afirmaba haberlo oído decir á Haeckel en una conversación que tuvo con él.

El gran profesor ha contestado:

«La historia curiosa de mi conversión al cristianismo, relatada por el reverendo doctor Karl Kumm en el mitin de la misión Torrey-Alexandre, y reproducida en los periódicos, es una simple invención del doctor Kumm. . . Yo no he cambiado desde hace cincuenta años, y no me convertiré jamás al cristianismo. . . Esa noticia falsa ha sido transmitida á Londres y á Nueva-York por un reporter jesuita».

De eso viene viviendo el clero de todas las religiones, de la mentira y de la calumnia.

Con la misma frescura que mienten diciendo que han oído decir á Haeckel que se había hecho cristiano, mienten diciendo que los antiguos vieron bajar del cielo á Dios en forma de paloma para estar nueve meses en el vientre de una virgen y aparecer luego transformado en un muchacho que nos ha redimido.

¡Y apenas cobran dinero por propagar esos infundios!

(Las Dominicales—Madrid).

LECCIONES DE HISTORIA

No, no ha sido la moralidad la norma de la Iglesia, ni en estos ni en aquellos tiempos.

En Alemania, durante la minoría de Enrique IV, la avaricia y la ambición de las gentes de iglesia no tenía freno, vendiéndose públicamente las dignidades eclesiásticas, como demuestran Glaber y Galland.

Una abadía, al quedar vacante, era sacada á pública licitación, y los monjes pujaban entre sí desenfrenadamente para obtenerla.

«Ofrecían montes de oro, dice Lambertí en sus *Anales de las abadías* (1071); el vendedor (el Príncipe), no se atrevía á exigir lo que el comprador estaba dispuesto á pagar. El mundo se preguntaba, asombrado, de dónde salía aquel río de riquezas, cómo los tesoros de Creso habían ido á parar á manos de

unos hombres á quienes no era permitido poseer un traje como suyo.»

Los *Anales*, de Lambertí, pintan de modo acabado la corrupción de costumbres del clero de su época, deteniéndose en el vergonzoso espectáculo que se dió con motivo de la elección del abad de Fulda, que le arranca amargas quejas.

En Italia ocurría otro tanto. La simonía era cosa tan corriente, que, intentando León IX separar del clero á los sacerdotes simoníacos, según consigna Damiani en sus *Opúsculos*, se le hizo desistir del moralizador empeño, porque las iglesias se quedarían sin sacerdotes.

Hablando de aquellos tiempos, dice el historiador Laurent:

«La Santa Sede misma fué puesta en venta, Benito IX ofreció públicamente ceder el Pontificado, y hubo un clérigo que lo compró; el vendedor consagró al comprador y le entregó Letrán. Pero en cuanto tuvo el oro en su poder, Benito se sirvió de él para sostenerse en Roma. Había, además, un tercer papa, nombrado por el partido hostil á Benito. No paró en esto el escándalo; no teniendo ninguno de los tres papas bastante poder para vencer á los otros dos, Benito tuvo la feliz idea de proponer un convenio: ¿para qué disputar la posesión exclusiva de una silla, cuyas rentas bastaban ámpliamente para los tres competidores? El año 1045 vió, pues, tres papas, que, mediante el más infame de los contratos, se repartían la Cátedra de San Pedro.»

En 1603, mientras en la iglesia de Goslar se celebraba el natalicio del Señor, con asistencia del rey Enrique, se suscita, por cuestiones baladíes de etiqueta, formidable reyerta entre los partidarios del obispo Hildesheim y los del abate Fulda.

Apaciguada la contienda por la intervención del Duque de Baviera, renuévase la lucha escandalosa en la fiesta de Pentecostés.

El obispo de Hildesheim, que tenía apostados soldados detrás del altar de la iglesia, los lanza como fieras sobre los servidores del abad de Fulda.

No apercibidos éstos para el ataque, retroceden, se rehacen, se arman y se traba en el coro de la iglesia sangrienta pelea.

«En toda la iglesia—escribe Lambertí en sus *Anales*—en lugar de himnos y cánticos, se oyen los gritos de los combatientes y los gemidos de los moribundos. Tristes víctimas son inmoladas sobre los altares de Dios; la sangre corre en abundancia.»

Una pincelada más sobre el clero del siglo XI, y hago punto por hoy á estas lecciones de historia.

La corrupción de las costumbres de los eclesiásticos era tal, que el papa Benito VIII hubo de reprochar á los ministros de Dios, «que se abalanzaban á las mujeres como los caballos á las yeguas», y Damián escribe: «Todo el pueblo conoce los sitios de orgía de los clérigos, los nombres de las concubinas; véñese pasar los mensajes y los presentes; óyense las carcajadas; es imposible disimular el embarazo de las mujeres y los gritos de los niños.»

Los *Flaminios* de nuestros días, ni siquiera en eso de evitar el peligro de los embarazos tienen el mérito de la invención.

El cardenal Damián escribía al papa León IX, hablándole del clero:

«Las torpezas que va á revelar son tan enormes, que se avergüenza de hacerlas llegar á oídos del Santo Padre, y tiene que armarse con el valor del médico: si la llaga repugna al médico y éste retrocede, ¿quién la curará? El vicio contra naturaleza es un cáncer que devora los miembros de la iglesia. Pero, ¡oh, crimen inaudito! ¿Qué suplicio debería inventarse para el sacerdote que se entrega á este infame comercio con sus hijos espirituales? ¿De un penitente hace un instrumento de pecado! ¡Á aquel á quien debía regenerar por medio del Sacramento de la Penitencia, lo hace esclavo del demonio!»

¡Oh, que tiempos, que tiempos aquellos!

Cristóbal Litrán.

(Las Dominicales—Madrid).

ESTADÍSTICAS QUE ENSEÑAN

Acaba de publicarse una estadística de la cual resulta que solo un 40 por 100 de los ingleses practican ceremonias de un culto religioso.

De este 40 por 100, el 16 por 100 son noconformistas, el 14 por 100 anglicanos, el 8 por 100 católicos y el 2 por 100 judíos, siendo poquísimos los budistas y mahometanos. El 60 por 100, esto es, la mayor parte de la nación, no practican culto alguno, lo que supone en Inglaterra un triunfo para el ra-

cionalismo y demuestra el porque, siendo aun monárquica, es sin embargo la nación británica culta, liberal y floreciente.

Todo pueblo de conciencia emancipada marcha obligando, aun á las mismas instituciones reaccionarias por su origen, á democratizarse en el medio que gobiernan.

He ahí por que hemos repetido y repetiremos siempre: «para hacer libertad es preciso hacer antes el brepensamiento».

Otra estadística curiosa y que viene á fortalecer nuestra opinión es la publicada por Mr. Herbert Gladstone, ministro del Interior. Resulta de ella que de los 20,993 criminales que hay actualmente en los presidios del Reino Unido, 16,089 son anglicanos, 4397 católicos, 484 librepensadores, no conformistas y 2 ateos.

Fijense bien y lean los que aún creen en la eficacia de las religiones para poseer la gracia divina.

Mientras que en un 40 por ciento de religiosos la criminalidad, entre católicos y protestantes, se eleva á la cifra de 20,486, entre un 60 por ciento de irreligiosos, ó sea *la mitad más que religiosos*, solo se cuentan 501. Lo que significa: un delincuente por cada 800 creyentes ó religiosos y uno por cada 50,000 no creyentes ó irreligiosos.

Hay signos que dicen más, seca y escuetamente, que todos los discursos filosóficos; estas cifras, que pueden hacerse con arreglo á las estadísticas de todos los países y que demuestran que á *mayor grado de fanatismo más incremento de criminalidad y á mayor influencia del racionalismo más grado de moralidad y honradez*, deben aterrar á los que, en provecho propio, intentan aún mantener el espíritu religioso en los pueblos á pretexto de que es freno para la delincuencia y virtud para las costumbres.

Aquí está, para dar un mentis á esas afirmaciones, esta España católica y que no obstante figura en primer término en las estadísticas de la criminalidad europea, esta España á quien se acusaba no hace mucho de contar en Andalucía, la *tierra de María Santísima*, más crímenes anualmente que en muchos Estados importantes del continente.

Ahí está en cambio esa Suiza cuyo Estado respeta la conciencia del individuo, cuya libertad de pensamiento es soberana, inviolable ante la ley, con sus cárceles cerradas años y años, desplegando en lo alto la blanca bandera en señal de que ningún delincuente traspasó sus umbrales.

¿Qué dicen, á estos argumentos incontrastables, los defensores de la religión como freno?

Lo saben y lo callan, procurando cada vez con más empeño apartar á su rebaño místico de la comunicación con el mundo intelectual y progresivo, maldiciendo los adelantos modernos que nos facilitan el conocimiento de estas verdades y prohibiendo la lectura de la *mala prensa* en donde se leen, y por lo tanto llegan á conocerse, datos como estos, capaces de hacer vacilar la fe del más obtuso.

No obstante, la verdad se impone.

Y vamos marchando hácia el fin de la comedia religiosa.

VICTORINA DEL MAR.

(La Conciencia Libre.—Málaga).

Comités y delegaciones

PEÑAROL.—El día 8 del corriente se recibió de este Comité la suma de \$ 23.40, importe de cuotas cobradas por los dos primeros trimestres del año en curso. Acompañaban los comprobantes respectivos.

SARANDI DEL QUEBRACHO.—De la delegación de dicha localidad se recibió, con la misma fecha la suma de 6 pesos, por cuotas cobradas en el 2.º trimestre del año.

ARROYO MAJO (Departamento de Cerro Largo)—De la delegación de este punto hemos recibido la suma de seis pesos por cuotas correspondientes al 2.º trimestre.

MELO.—Del Comité de dicha ciudad, con nota recibida el 10 del corriente, llegó á nuestras manos un giro de \$ 15. 20 correspondiente á cuotas percibidas desde Febrero último.